

‘Nada más’ es un breve pero esencial testamento en el umbral de la mayor pérdida, la voz que se apaga, la muerte

GUILLERMO BALBONA

Hay algo agónico, existencialmente terminal en su escritura. Como si cada palabra fuese la última, como si la elección de voces, la pasión de contar la vida conllevara su propia extinción. El amor en fuga, el oficio extraño de vivir, la melancolía y ese vacío que espera inútilmente llenarse. Marguerite Duras, la autora de ‘El amante’, es una narradora única a la hora de exprimir la escritura y de construir un cómplice hábitat con el lector donde intimismo y exploración, búsqueda y trayecto comparten por igual la pérdida y la posesión de las cosas. A modo de testamento literario, de agonía confesional, acaba de ver la luz ‘Nada más’, última obra de Duras (Gia Định, 1914-París 1996) –en realidad todas las son–, que plasma las palabras recogidas en sus últimos tres meses de vida por su último compañero, encargado de transcribirlas.

Periférica ha editado este libro breve pero intenso, que encierra, a modo de concentrado, todo su pensamiento, personalidad y estética. «A medio camino entre la meditación y la confidencia, entre la esperanza y el terror a la muerte», Duras se despide de la escritura: «Morir es dejar de escribir». Hace casi quince años llegaban a las librerías los textos autobiográficos de la escritora. «Fue aquella tarde cuando Léo me besó en la boca. Lo hizo por sorpresa. Experimenté una repulsión verdaderamente indescriptible...». Marguerite Duras describía así, por ejemplo, su encuentro con el que sería el protagonista de ‘El amante’. Textos que probaron que no escribió una sola línea, como ella misma decía, que no hubiese vivido. «Su obra llevaba su carne como nutriente y todo su universo sensitivo, por eso terminó exhausta y con varios comas etílicos a su espalda».

En estado puro

Sinceridad, sensualidad, intimismo, estilismo y depuración conviven tanto en aquellas notas, que guardó en el armario azul de su casa de Neauphle-le-Chateau, como en la atmósfera que desprende este diario de despedida que acaba de incorporarse a las novedades de la temporada. Marguerite Duras falleció a los 81 años. En los meses anteriores a su muerte, desde el 20 de noviembre de 1994 hasta el 29 de febrero de 1996, su último compañero, Yann Andréa –con quien compartió sus últimos dieciséis años– transcribió sus palabras. Aquellas notas se convertirían en este últi-

Marguerite Duras



NADA MÁS
MARGUERITE DURAS
Editorial: Periférica, 2022.
Páginas: 101. Precio: 11 euros.

mo libro, apenas sesenta páginas que encierran en sí toda su obra. ‘Nada más’, en este sentido, es Duras en estado puro, es la expresión de lo que, en vida, se afanó por expresar: «Lo inefable, lo inenarrable, lo indecible». Un grito desgarrador desde lo más profundo de su ser, un saludo a la muerte, una despedida de la escritura. «Un flujo de palabras que se va espaciando, que la rehúye, un incendio que se va extinguendo a la vez que se extingue su hálito».

La guionista de ‘Hiroshima mon amour’, en opinión de su biógrafa, Laure Adler, «si estaba tan obsesionada con escribir era porque creía que podía alcanzar, más allá de las palabras, otra realidad indecible. A ese modo de ver la literatura lo llamaba la aproximación de la sombra interna, que era donde situaba los archivos del propio ser». La escritora deslumbró siempre por la sinceridad que derramó al relatar su intimidad y sexualidad. Su moderno estilismo fue siempre resaltado por los críticos. «Yo no me ocupo del estilo, yo digo las cosas tal como me vienen, como me atacan, como me ciegan».

Su densa y diversa trayectoria como novelista, guionista y cineasta estuvo marcada por la infancia y la adolescencia, la huella de la madre, los amantes, la guerra, el compromiso y la escritura. Qué es amar y en qué consiste, su posibilidad e imposibilidad son coordenadas esenciales de su identidad literaria. Fragmentos de pensamientos, aforismos, la mirada y la muerte, la madre y la escritura constituyen el microcosmos de la autora de ‘El dolor’. ‘Nada más’ es la narración de la pérdida definitiva de su propia voz. Una meditación existencial y una confidencia en la que se hallan reminiscencias y destellos de su vida y obra. A fuerza de pronunciar palabras terminales, Duras consigue que «un posible testamento literario se transforme en un testimonio de vida, en una afirmación de que cualquier epílogo supone, también, un canto de bienvenida, que toda posteridad se reconcilia, en el minuto postrero, con las singularidades de una vida». Imágenes y sensaciones se solapan frente a la muerte. Duras vuelve al principio. Lo primario y fundacional de la escritura antes de la pérdida definitiva. «Para qué sirve escribir: Para poder callar y hablar al mismo tiempo. (...) Pasarte la vida escribiendo te enseña a vivir: no te salva de nada». Deslumbramiento y destello. Claridad que se apaga.

«Morir es dejar de escribir»